

La nación bajo un uniforme. Fútbol e identidad nacional en Colombia 1985-2000	Titulo
Dávila L., Andres - Autor/a Londoño, Catalina - Autor/a	Autor(es)
Futbologías: Fútbol, identidad y violencia en America Latina	En:
Buenos Aires	Lugar
CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales	Editorial/Editor
2003	Fecha
	Colección
Identidad Nacional; Fútbol; Investigación; Nación; Deportes; Identidad Cultural; Selección Nacional de Fútbol; Identidad Territorial; Colombia;	Temas
Capítulo de Libro	Tipo de documento
http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/clacso/gt/20100920010011/8PII-DavilaLondono.pdf	URL
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.0 Genérica http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/deed.es	Licencia

Segui buscando en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO

<http://biblioteca.clacso.edu.ar>

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)

Conselho Latino-americano de Ciências Sociais (CLACSO)

Latin American Council of Social Sciences (CLACSO)

www.clacso.edu.ar



La nación bajo un uniforme Fútbol e identidad nacional en Colombia 1985-2000

Andrés Dávila L. y Catalina Londoño**

*¿Qué es Colombia?, les preguntaron a unos niños colombianos.
Colombia es un partido de fútbol, respondieron.*

Iconos, símbolos e ídolos: tentativas para la construcción de una nación en Colombia

El proyecto *Iconos, símbolos e ídolos: tentativas para la construcción de una nación en Colombia* parte de la lectura que se ha hecho de este país como una nación huérfana de símbolos, instituciones e ídolos que cristalicen las identidades colectivas y que sirvan de sedimento en la construcción de una nación. Esta lectura sobre la posible orfandad y la no identificación ciudadana ha sido problematizada a la luz del estudio de algunas formas de identificación colectiva producidas por las prácticas culturales de los diversos sectores sociales.

El proyecto examina cómo se han manifestado algunas tentativas de construcción de la nación: qué ha pasado con las búsquedas y los proyectos que desde los diferentes ámbitos de la sociedad se han generado para intentar construir e imaginar posibles tipos de “nosotros” en torno a los cuales se definen las identidades fundamentales de una colectividad en un tiempo determinado.

* Esta investigación forma parte del proyecto “Iconos, ídolos y símbolos: tentativas en la construcción de la nación en Colombia”, elaborado para la convocatoria de proyectos interdisciplinarios de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de los Andes. En él participan los profesores Andrés Dávila (politólogo), Germán Ferro (antropólogo e historiador) e Ingrid Bolívar (politóloga); y los asistentes Catalina Londoño (antropóloga), María de la Luz Vásquez (antropóloga), y Julio Arias (estudiante de antropología).

** Andrés Dávila L. es politólogo, maestro y doctor en ciencias sociales de la FLACSO, México. Actualmente dirige la Maestría en Ciencia Política de la Universidad de los Andes y es profesor del curso Deporte y Sociedad para el Año Básico en Ciencias Sociales de la Universidad de los Andes. Catalina Londoño es antropóloga de la Universidad de los Andes, investigadora en temáticas de violencia y hábitos urbanos.

Este proyecto apunta a la apertura de una línea de investigación en el tema con la participación de un equipo de investigación interdisciplinario con el cual, en una primera fase exploratoria, se pretende actualizar y precisar la discusión conceptual sobre nación e identidad nacional en lo que resulta aplicable al caso colombiano, y describir y analizar tres estudios de caso como factores fundamentales en la construcción de discursos de nación: lo religioso, como mediación de lo sagrado (El Divino Niño); lo mass-mediático, el espectáculo (El reinado de la belleza); y lo deportivo, la nación bajo un uniforme (la Selección de Colombia). En el caso de la Selección de Colombia, en este artículo se trabaja la parte conceptual de la relación entre fútbol, nación y Selección Nacional. Se desarrolla un recuento de los principales rasgos del fútbol colombiano y, luego de justificar que esta temática deba estudiarse en el período 1985-2000, se hace una primera aproximación a los orígenes del período en el cual la Selección de Colombia fue gestora de un referente de identidad nacional, es decir, a lo sucedido entre 1985 y 1987.

Nación e identidad nacional

La pertenencia a la nación colombiana como una “comunidad imaginada”¹ se juega de manera fundamental en las dinámicas de reconocimiento social, en las formas de “vida juntos”, las cuales se encuentran en un proceso permanente de construcción que se relata, donde está presente el cambio o la continuidad, el crecimiento o el declive. Pero la nación se vive a diario, en la cotidianidad influenciada y recreada por la memoria, las tradiciones y la historia, la cual al mismo tiempo es nutrida con aquellos atributos que dan sentido a quiénes somos hoy, cómo, dónde y en qué nos reconocemos y autopercebimos. Atributos que pasan por lo que Catherine Palmer ha llamado formas triviales y banales como la comida, la modelación del cuerpo y los imaginarios del paisaje (1998: 175-201). Los tres casos de estudio que se analizan se ubican en un lugar intermedio entre los referentes tradicionales, estructurales e históricos de construcción de la nación y los lugares banales a los que hace referencia Palmer. Con una variante importante: los tres casos mencionados se despliegan como reforzadores del discurso de la nación. Discurso que habla de resistencias y reapropiaciones, secuencias y combinatoria de tiempos, diversidad y heterogeneidad cultural; discurso que se construye a partir del reconocimiento en lo constructivo, en lo afirmativo del ser nacional, pero también en lo destructivo, en aquello que no quisiéramos ser. Se habla entonces de una identidad cambiante y no en riesgo de extinción, como muchas voces han querido afirmar, en la cual la representación del nosotros es “una compleja trama que relaciona región y nación, lo propio y lo extranjero, lo popular y lo elitista, pasado y presente, presente y destino posible” (Melo, 1992: 83).

A partir de los años ‘50 los procesos de identificación colectiva en Colombia incurren en un nuevo escenario cultural, marcado especialmente por la emergen-

cia, consolidación y evolución de los medios masivos de comunicación. Nos encontramos frente a nuevos mentores, a nuevos narradores con una gran potencia para establecer mecanismos de reconocimiento colectivo, los cuales han creado un continuo de consumo cultural entre aquello propuesto por la cultura de élite y la cultura popular. Estos nuevos actores son nuevos creadores de discurso porque la identidad es básicamente un discurso configurado con símbolos, frases, mitos, estereotipos, nociones vagas, imágenes colectivas, formas triviales y banales; se trata en definitiva de un discurso capaz de construir una comunidad abstracta como es la nación, que se liga a la perspectiva de construir un Estado (Melo, 1992: 104).

Fútbol e identidad nacional

Varios son los interrogantes sobre la relación entre fútbol e identidad nacional. Preguntas que giran en torno a aquello que es específico del juego, del deporte, que hablan de un estilo, de una manera de jugar, del acontecer dentro de la cancha. Pero también preguntas sobre cómo los hinchas, los espectadores, los televidentes, se cuestionan a través del juego de la Selección acerca de aquello que los hace sentirse parte de, conformantes de una entidad llamada nación. En este artículo se parte de las siguientes preguntas: ¿por qué el deporte, y en particular el fútbol, es capaz de construir referentes de identidad nacional? ¿Qué define al fútbol y cómo conforma éstas visiones colectivas e identitarias?

Se ha tratado de definir la adhesión y pasión al fútbol por varias vías. Para la política clásica, el fútbol podría servir para alcanzar legitimidad. Para empresarios, publicistas y medios de comunicación, consiste en un magnífico y lucrativo mercado del deporte. En este artículo se quiere mostrar que obedece a mediaciones más profundas y complejas que es difícil sintetizar en un único conjunto de rasgos y que son más bien el resultado de una sumatoria amplia, diversa, a veces paradójica, que surge del juego mismo, pero que es apropiada y consumida por todos aquellos que lo viven y lo sienten, de manera tal que también ayuda a reformular el evento deportivo, el ritual futbolero.

El fútbol, el “deporte rey” al decir de Desmond Morris, es entre los varios deportes profesionales que se han extendido a nivel mundial el único que por sí solo ha tenido esa increíble capacidad de difusión y permanencia. Pero no es sólo la universalización de su práctica la que cabe resaltar, sino el tipo, nivel de adhesión y pasión que genera entre sus seguidores. Pretendemos rescatar la especificidad del fútbol para entenderlo como fenómeno social y cultural.

La categoría más amplia a la cual se puede adscribir el fútbol es al juego. Si a la manera de Johan Huizinga consideramos al juego como un componente central de la actividad humana y un componente originario de la cultura, las actividades que caben bajo esta denominación forman parte de un ámbito significativo

y representativo de la vida social, mientras que no son simplemente actividades de segundo orden debido a su carácter no serio y no ligado de modo directo con la reproducción material de la vida social.

El juego se caracteriza por ser una acción que se lleva a cabo como si estuviera por fuera de la vida corriente, a la que representa, y en la cual el jugador se subsume por completo. Es una acción que no involucra ningún interés material ni conlleva la obtención de algún provecho de esta especie. Se desarrolla dentro de un tiempo y espacio alternos a los de la vida real, y dentro de un orden particular sometido a reglas.

El fútbol es juego, aún con toda la carga de profesionalización e intereses que ahora conlleva, pues en realidad no hay nada serio comprometido en su desarrollo. Como todo juego, crea una realidad alterna en la cual se subsumen jugadores, técnicos, directivos, periodistas y espectadores, al margen de la realidad cotidiana, y que podría no existir sin afectar el transcurrir de ésta. No obstante, este paréntesis que constituye el partido de fútbol es también al mismo tiempo una representación de la realidad. Simultáneamente nos aleja y nos acerca de la realidad, los placeres y sinsabores de la vida, la justicia e injusticias de la realidad social, las actitudes más egoístas y altruistas de las personas. Y es un juego, en todo el sentido de la palabra, porque el resultado es fundamental, pero es igualmente importante la forma en que se lo consigue. Allí convergen la acumulación de tensiones y el éxtasis breve pero definitivo, combinados de una forma que inevitablemente genera adhesión, o más bien adicción.

Se desarrollan a continuación algunas de las particularidades que desde nuestra perspectiva explican el éxito y vigencia del fútbol.

La sencillez y aparente simplicidad de las reglas del fútbol (con excepción de la norma del fuera de lugar) ha sido una de las características que para muchos explica la adhesión fácil y rápida de quienes lo practican o siguen como espectadores. Rápidamente se puede explicar en qué consiste el juego, anotar más goles que el rival, y las normas mínimas para conseguirlo, basadas en la conducción del balón con el pie para introducirlo dentro de una portería (que puede existir físicamente o a la cual se puede hacer referencia con dos ladrillos y una extensión imaginaria de su perímetro). Basta con aclarar que el portero es fijo y puede agarrar el balón con la mano, que como no hay árbitro no se cobrará el fuera de lugar, y que se marcarán las faltas cuando sean cometidas.

El campo de juego en el fútbol tiene un claro referente campestre, bucólico, que genera un ambiente particularmente atractivo para los practicantes y espectadores. Si se le compara con otros terrenos de juego y superficies, son distintivas su simpleza y la escasa demarcación, que apenas fue complementada con la media luna en cada área y la circunferencia central. Estas demarcaciones cumplen un papel, por decirlo de alguna manera, simbólico: fijan la distancia mínima a la

cual deben estar los jugadores en el momento del saque inicial o luego de un gol y en el momento de ejecución del tiro penal. Ir a fútbol, entonces, tiene ese pequeño sabor de salir de paseo en domingo, sujetos a todas las contingencias del clima: la lluvia, el frío, el fango en la cancha, o el sol inclemente sin ninguna protección. El campo, así, nos permite actualizar permanentemente esa ancestral necesidad de lo rural, lo campestre, lo natural, contrario a los ambientes de la vida urbana y laboral.

El fútbol es una manifestación estética. Independientemente del triunfo o la derrota durante el juego se pueden ofrecer acciones creativas y bellas de singular importancia y significado, al margen incluso del resultado y de las limitaciones impuestas por los agrupamientos defensivos y tácticos de un equipo. Además, en esta posibilidad creativa y estética influye el hecho de que el fútbol sea el único deporte fundamentalmente jugado con los pies y donde la utilización de las manos, indispensables en la evolución de las habilidades artesanales y técnicas de los hombres, está rigurosamente prohibida con excepción de los arqueros.

En el fútbol es posible encontrar bellas jugadas producto de la habilidad o reflejos de un solo jugador, pero también como resultado de una acción colectiva: una pared, una combinación que concluya en una jugada de gol o en un gol, etc. El fútbol ofrece, además, la posibilidad de que el resultado o el gol, pese a ser los objetivos del juego, pasen a un segundo plano. En efecto, hay un conjunto de jugadas y acciones que se auto-justifican y que pueden ser valoradas de tal modo. Claramente, como en ningún otro deporte, podemos retener en la memoria acciones de un jugador o varios, desempeños de un equipo o partidos en especial que poco tienen que ver con la aparente importancia del resultado. Quién no recuerda, más que muchos goles de Pelé, la jugada contra Uruguay en la semifinal del mundial de México 1970, en la cual recibió sin recibir un pase de Gerson, eludió a Mazurkiewicz con esa finta, fue a recibir el balón y disparó a un lado de la portería. O el disparo desde media cancha contra Checoslovaquia que tampoco fue gol. Y quién no recuerda, más que a muchos equipos campeones del mundo, la Holanda del '74, el Brasil y la Francia del '82, o el Perú del '70 y del '78.

El tiempo en el fútbol organizado tiene una característica muy particular, al cual está ligada buena parte del éxito de este deporte: existe para el juego, determina un comienzo y un final del juego, y fluye de manera muy similar al tiempo de la vida cotidiana. No es un tiempo sujeto a los controles y restricciones de otros deportes, como el baloncesto o el fútbol americano, en los cuales el tiempo es fragmentado. Además posee una importante característica, es un tiempo que pertenece al árbitro y sólo a él, pues es el único que puede decidir cuánto alargar o acortar un partido de acuerdo con lo que considere necesario reponer. Para un autor como Juan Nuño (Nuño, 1996), el tiempo es el elemento que diferencia un deporte de otro, y al fútbol de lo demás. Además de las tensiones generadas por lo competitivo, en el fútbol se suma la tensión de un tiempo perfectamente igual

al de la vida real y frente al cual jugadores y espectadores se enfrentan de la misma manera: luchan contra el paso inexorable del tiempo, de cuyo final sólo un único e inescrutable juez es el responsable.

El fútbol, como juego, cuenta con los cuatro componentes o impulsos que le asigna Caillois (1997). En primer lugar, está presente el *agón*, base fundamental dado su carácter de deporte de equipos en contienda. Estos se enfrentan en condiciones de igualdad, y el más habilidoso es recompensado con la victoria. La rivalidad en el fútbol es especializada, y en esta medida se da importancia al trabajo, la responsabilidad personal, la paciencia, la habilidad, la calificación y el entrenamiento, elementos que intentan eliminar todo efecto de azar. Por otro lado, el *agón* cumple otro papel central, que Janet Lever (1985) ha destacado suficientemente: genera cohesión en un proceso simultáneo con la generación de rivalidades y diferencias, crea una específica interrelación entre lo colectivo y lo individual, tensión que marca plenamente las posibilidades y limitaciones en el desempeño propiamente futbolístico.

En segundo lugar, el recurso a la suerte también está presente y, aunque subordinado a lo agonal, es a veces protagónico y prioritario. El desarrollo de un partido o campeonato de fútbol no es conocido previamente, y en esto consiste el placer del juego: en el riesgo de perder. La moneda para decidir el saque, el sorteo para definir los rivales y ciertos modos de finalizar jugadas, partidos, torneos, hablan con claridad del azar como componente básico del fútbol, más allá de lo lúdico y lo estético, lo agonal y todas aquellas fórmulas para, al menos, disminuir y controlar su incidencia: los esquemas tácticos, el tratamiento al jugador, su formación y preparación, etc. En el desarrollo de los partidos y los torneos, además, el azar, a veces con toda la carga trascendente del destino, interpone sus oficios para confirmar o modificar el rumbo de equipos y jugadores y, con ellos, comunidades enteras, sociedades, países. Un tiro en el palo, un autogol, un rebote, una inexplicable decisión arbitral (como por ejemplo la mano de Maradona en el gol contra Inglaterra) definen de manera totalmente contingente, y muchas veces en contra de toda la preparación y la estrategia para triunfar en competencia, el resultado final.

En tercer lugar, el fútbol es un lugar privilegiado para la *mimicry*. Contiene este elemento en diferentes dimensiones y todas ellas hacen de este juego algo en lo cual el ser humano se identifica: hay una representación de una batalla² en la cual el fracaso o la victoria tienen valor simbólico. Sin embargo, allí se dan las actuaciones propias de una guerra, manifestaciones propias del ser humano que en la vida cotidiana no son consideradas dignas de ser expresadas, salvo en instituciones específicas, como las militares. Allí se puede recrear desde lo más loable y digno de la estrategia y la táctica para vencer al rival, pasando por las reacciones del saber ganar y saber perder (recordando o bien que sólo es un juego o bien que en la vida también se gana y se pierde, indistintamente), y hasta expre-

siones condenables de soberbia y desprecio tanto en el triunfo como en la derrota. En esta dimensión, sin embargo, interviene a veces la representación no sólo de la batalla y la guerra, sino de otras actividades y procesos de los individuos y las sociedades, como por ejemplo la vida laboral y la lucha por ascender socialmente. Como las oportunidades de sobresalir en la vida son reducidas, entonces el ser humano decide hacerlo por poder, por delegación. Se deja en la estrella, en el campeón, en los jugadores de una selección, la posibilidad de la ilusión con el éxito para así estar exento de los esfuerzos que se tendrían que realizar como elegido (Caillois, 1997: 262). Esta identificación con los jugadores es una *mimicry* donde se comparte tanto el éxito como el fracaso y donde, en todo caso, la carga de conseguirlo o no se le deja al ídolo o al colectivo, juzgado y vivido en su representación por quienes han depositado en él o ellos sus alternativas vitales (Morris, 1992; Verdú, 1980). Pero además, juego y jugadores representan en su dinámica y en la gramática roles, funciones, papeles, tareas, que son y no son los mismos de la vida cotidiana.

Ahora bien, para el que no es un jugador todo juego de competencia es un espectáculo, una representación múltiple y compleja. El fútbol necesita de espectadores para que compartan, juzguen, simpaticen y atiendan al juego, y en esta medida quiere hacer una representación lúdica, estética, agonal: una representación que identifique y atraiga al público. Si el juego se realizara a puerta cerrada no tendría sentido, por tanto se despliega en razón y en relación con los asistentes y seguidores. El fútbol, en esta dimensión de la representación, es ritual y espectáculo, tiene su templo y su escenario, sus sabios y sacerdotes, sus héroes, mártires y víctimas, y también sus victimarios. Y allí, como es obvio, espectadores, fanáticos e hinchas se reconocen y se reflejan, y se construyen referentes de muy diverso tipo, siendo el de lo nacional uno de ellos (Verdú, 1980; Lever, 1985; Morris, 1992).

En cuarto y último lugar, el fútbol también da cabida al vértigo, o más bien gracias al vértigo, que permite configurar la mimesis en todo su sentido, se potencia para hundir sus raíces con mayor profundidad y menor posibilidad de escapatoria. La búsqueda de vértigo, aquel que destruye la estabilidad de la percepción, aquel que embriaga y libera, también se encuentra en el fútbol, en su capacidad insuperable de generar tensión y placer. Estos elementos son generados no sólo por el particular equilibrio entre lo lúdico, lo estético, lo competitivo, el ser jugado con el pie y lo simple de sus reglas, sino específicamente por el tiempo del fútbol: su concepción y su uso. Como ya lo hemos señalado, el tiempo del fútbol discurre de forma paralela al tiempo real y esto genera una doble tensión que hace del fútbol el deporte más apasionante: la tensión del juego en sí y la de la lucha que se establece contra el paso del tiempo (Nuño, 1996: 36). Dentro de este impulso o componente entra también el conjunto de sensaciones y sentimientos que Norbert Elías (Elías y Dunning, 1992) catalogaba bajo el nombre de mimesis y que incorpora una dimensión de regulación y desregulación de las manifestaciones de placer, éxtasis y violencia. En el fútbol se puede ganar o perder en el

último minuto, o se puede trastocar un resultado trabajado por una jugada inesperada, o se puede recuperar la fe y la esperanza gracias a una inspiración individual. Y todos estos desempeños se traducen en desenlaces momentáneos que mezclan la incertidumbre y la esperanza, lo posible y lo imposible, lo deseable y lo rechazado de formas tales que parecen irresistibles y que trastocan por completo los sentidos, la racionalidad, las creencias. Que hacen saltar del cielo al infierno o lo contrario, a la manera de una indescriptible montaña rusa, salto al vacío o incluso ruleta rusa.

Pues bien, todos estos factores mezclados de diversas maneras y en diversos grados, adosados con otros de acuerdo con épocas y lugares, situaciones, equipos y públicos, configuran el amplio, complejo y diverso menú de motivos que le han dado al fútbol ese lugar tan especial en la sociedad contemporánea. Lugar en el cual está evidentemente acompañado por varios deportes, colectivos e individuales, profesionales y aficionados, de pelota y sin pelota, pero lugar también de una indescriptible soledad.

Selección Nacional de Colombia

Ya se han planteado los interrogantes que llevaron a una reflexión sobre el fútbol como factor identitario. Aquí se plantean otros más específicos alrededor de la Selección de Colombia. ¿De qué manera una Selección de fútbol se convierte en factor identitario? ¿A partir de qué momento la Selección de Colombia se constituye en escenario-referente de lo nacional? ¿Cómo lo hace? ¿Qué aspectos de esta construcción de identidad se relacionan específicamente con el juego-deporte y cuáles con la cotidianidad de los colombianos?

Al responder estas preguntas no se busca, como decía Archetti, mirar el fútbol como “reflejo de la sociedad”, pero sí entenderlo como la arena simbólica privilegiada donde leer, oblicuamente, características de la sociedad (Alabarces, 2000: 214). Ver cómo a través del fútbol se construyen y fluyen discursos acerca de la nación y de la pertenencia a ella.

El fútbol se ha convertido en eje condensador de adhesiones y arraigos detrás de los cuales se nutre el sentimiento nacionalista. En Argentina, por ejemplo, como lo señaló Archetti en su artículo *Argentinian football: traditions and national identity*, el fútbol está asociado históricamente con la construcción de una identidad nacional a través del éxito internacional del equipo nacional y la exportación de grandes jugadores a Europa desde 1920 (Archetti, 1999: 103). En Costa Rica, como lo señaló Villena en su artículo *Fútbol, Mass Media y Nación en Costa Rica*, la invención de la nación en el fútbol se da gracias a los medios de comunicación, donde ésta no es fruto de una herencia milenaria sino de la voluntad asociativa que se da en el anonimato de la masa. Así vemos cómo el fútbol, indepen-

dientemente de sus vías de promoción, ha generado discursos alrededor del tema de la nación. Vemos también cómo hay una referencia constante al Seleccionado Nacional, lo que nos demuestra como toda forma histórica tiende a ser universal: “cualquier diosa local tiende a convertirse en la gran diosa, cualquier pueblo es el centro del mundo, cualquier brujo pretende ser en sus ritos el soberano universal” (Eliade, 1979: 126). Vemos entonces cómo alrededor del mundo se ha dado ese proceso que Camus resumió así: “Patria es la Selección Nacional de Fútbol”.

Los antecedentes y las razones históricas

El fútbol profesional colombiano aparece tardíamente si se le compara con lo sucedido en otros países de la región. Recién a finales de la década del '40 (1948) logra organizarse el primer torneo profesional con diez equipos. Si bien hay antecedentes de esfuerzos previos de organización, y al menos desde la década anterior se habían vuelto comunes los partidos entre equipos medianamente organizados de diversas ciudades o de una misma ciudad, es sólo en ese momento que hizo su aparición definitiva el fútbol rentado.

Desde entonces, varios rasgos caracterizaron distintivamente la configuración de ese fenómeno que paulatinamente se convirtió en el espectáculo deportivo masivo de mayor incidencia a nivel nacional.

En primer lugar, el fútbol profesional colombiano surgió en medio de uno de los procesos de violencia que, de manera recurrente y cuasipermanente, han caracterizado al país en el último medio siglo. En efecto, el primer torneo se jugó el mismo año en que fue asesinado el caudillo popular Jorge Eliécer Gaitán y se produjo como reacción el “Bogotazo”, uno de los levantamientos populares de mayor amplitud y significación en la historia latinoamericana y colombiana. Desde entonces, también, se produjeron profundos e inexplicados vínculos entre este deporte y el conflicto político, que muchos han querido resolver con la simplificada explicación de “pan y circo”. El fútbol, ese lugar que Norbert Elías (Elías y Dunning, 1992) considera privilegiado para una manifestación desregulada pero controlada de violencia, pareció servir de contrapunto complejo y cambiante a esa tendencia aparentemente insuperable de la sociedad colombiana que la ha llevado a resolver las diferencias con la eliminación violenta del otro. Y el fútbol, con su fuerza envolvente y su capacidad para inmiscuirse en la vida de las sociedades, se convirtió a la vez en espejo y reflejo, alternativa y diferencia, receptáculo y propuesta para esa sociedad atravesada por un conflicto que la desangra y la engeuece. Mientras liberales y conservadores se mataban cada vez con más saña y sevicia, los equipos profesionales eran a la vez competencia, espectáculo, negocio, arte, al menos para núcleos predominantemente urbanos que comenzaban a crecer y a masificarse con gran dinámica.

En segundo lugar, y en perfecta consonancia con el carácter de país de regiones y ciudades, el fútbol no se concentró en la capital, sino que sirvió también para expresar las diferencias regionales y, a la vez, como bien lo señalara hace ya bastante tiempo Janet Lever, para integrar por la vía de la rivalidad y la enemistad simbólica del juego competitivo: el torneo nacional sirvió para que compitieran y se reconocieran formas de vida y estilos de juego regionales como los paisas, vallunos, costeños, santandereanos y, sólo muy tímidamente, capitalinos. Así surgieron equipos profesionales en las principales ciudades, principalmente de la región andina, pero siempre con la presencia de equipos de la costa norte. Y en las principales ciudades (Bogotá, Medellín y Cali) surgieron pocos equipos: dos (y a lo sumo tres por algún período de tiempo, como fue el caso de Cali cuando existía el Boca Juniors de esa ciudad), rasgo que parece reflejar una cierta semejanza con una arena política siempre dividida en dos, tercamente alrededor de los partidos políticos tradicionales. Sin embargo, ni siquiera en Bogotá, donde los dos equipos adoptaron para sus uniformes los colores de los dos partidos, la ruptura política se reprodujo en el fútbol. Lo interesante y diciente para el caso colombiano ha sido la ausencia de ésta o de alguna otra ruptura fácilmente descifrabable que explicara la aparición y consolidación de grupos de seguidores de los equipos profesionales. Ni el factor clase social, ni lo étnico, ni lo rural/urbano o barrial o cualquier otro clivaje identificable jugaron un papel diferenciador significativo y, sin embargo, desde esa época los equipos gestaron sus hordas de seguidores, comparativamente muy leales pero fríos y poco apasionados hasta épocas muy recientes.

En tercer lugar, prácticamente desde sus comienzos se gestó una particular afinidad entre fútbol e ilegalidad. La importación de grandes figuras argentinas afectadas por la huelga de futbolistas profesionales de aquellos años (a finales de los años cuarenta), sin atenerse a las reglamentaciones de la FIFA, hicieron del fútbol colombiano uno de los mejor jugados y pagados de entonces, pero en un contexto clarísimo de irrespeto a las normas futbolísticas internacionales. Esta afinidad con lo fronterizo entre lo legal y lo ilegal resurgiría en la década de los años '80 con la presencia de los dineros y los intereses del narcotráfico en el fútbol³.

En cuarto lugar, fue un fútbol de foráneos, quienes, provenientes de toda América Latina, coparon los cupos de los futbolistas locales. Algunos equipos con grandes figuras mundiales que llegaron a conformar verdaderas pléyades de estrellas internacionales, como fue el caso del Ballet Azul de Los Millonarios entre 1949 y 1953, y muchos otros con jugadores del montón provenientes de países exportadores de fútbol. Hasta finales de los '80 el fútbol colombiano sería un fútbol para los extranjeros, buenos, regulares y malos, que siempre ocuparon las posiciones más importantes dentro de la cancha (porteros, volantes creativos y goleadores), y retardaron considerablemente la consolidación del futbolista colombiano como profesional competitivo nacional e internacionalmente.

En quinto y último lugar, en gran parte por lo ya mencionado, los seleccionados nacionales tardaron mucho en conseguir algún resultado significativo. Aunque tales participaciones se remontan a 1945, antes de la aparición del profesionalismo en Colombia, la carencia de equipos competitivos fue la constante. Esporádicamente hubo pequeños logros que, ante la ausencia de verdaderos triunfos, se convirtieron en referentes reiterados por la prensa, los hinchas y, en general, la historia y los historiadores del fútbol colombiano. Tal es el caso del primer triunfo en un sudamericano ante Uruguay en 1957, el empate ante la Unión Soviética de Lev Yashin en 1962 con todo y gol olímpico incluido, y la obtención del subcampeonato en la Copa América de 1975 luego de una muy destacada actuación a lo largo del torneo, aunque sin llegar a enfrentar ni a Brasil ni a Argentina.

Pero como bien lo ha señalado Eduardo Arias,

“Selección Colombiana de Fútbol. Estas tres o cuatro palabras significan mucho, poco, nada, hacen reír o llorar, dan vergüenza, son motivo de orgullo (...). Pero la historia como tal no existe. Es una colcha de retazos cosida con hilos contradictorios, parches que la mayoría de las veces han sido pequeñas narraciones de éxitos y fracasos efímeros y aislados, para volver a empezar. Volver a empezar. Sobre todo, volver a empezar cada vez que salíamos del estadio, abatidos y con las banderas arriadas o cada vez que apagábamos el transistor o el televisor amargados por la derrota, pero con la secreta convicción de que los jugadores colombianos son buenos” (1991: 51).

Fueron décadas de una búsqueda inagotable pero siempre frustrada por hallar un referente único. Por eso la necesidad de ampararse en cualquier buen resultado que siempre pudo aparecer, pero que nunca alcanzó para definir un estilo y una identidad. “Cada Selección ha sido una historia aparte: (...) cada técnico y cada grupo de jugadores anteriores a 1985 (...) le han dado a cada equipo una identidad, muy pocas veces propia, al fútbol colombiano” (Arias, 1991: 54).

En síntesis, se tiene un fútbol rentado que pese a lo tardío se consolida nacionalmente desde aquella época de El Dorado⁴, y que consigue superar épocas de vacas flacas, de pobreza, de inasistencia a los estadios, de magro nivel internacional, con un claro déficit en la configuración de una identidad en el juego, de un estilo que lo hiciera reconocerse en sí mismo, pero que desde siempre se nutrió de la escuela rioplatense (Pedernera, Di Stefano, Rossi, Moreno) y especialmente bonaerense. Un fútbol que en medio de dificultades se encontró en los años ‘80 con un nuevo Dorado, sólo que éste tenía dos facetas bastante contradictorias.

Por una parte, la irrupción de los ingentes recursos y múltiples intereses de los narcotraficantes, que hallaron en el fútbol una opción inigualable para legitimarse socialmente, para obtener status y reconocimiento en las cerradas élites locales y regionales, para incluso desarrollar una parte del negocio, el lavado de dó-

lares, con las grandes contrataciones y la inflación de los precios de los jugadores locales. Tres grandes ejemplos, con sus diferencias y especificidades, marcaron esta época: el América de Cali con su pléyade de costosas figuras extranjeras en la alineación titular y con una numerosa y también costosa nómina nacional en la suplencia; el Millonarios de los años '80, que probó con distintos técnicos y equipos, hasta que finalmente triunfó en el torneo colombiano defendiendo la discutible fórmula de ganar a cualquier precio, tal como lo hacían sus dueños en el negocio de las drogas; y el Nacional de Medellín, que si bien en un comienzo intentó políticas parecidas a las de América y Millonarios, hacia finales de 1986 se definió por “una política de puros criollos (que) sería la redención de un fútbol con historia pero sin identidad” (Dávila, 1994: 39).

Por otra parte, la azarosa y afortunada combinación de factores que permitió no sólo la presencia convincente y competitiva de Maturana en el Atlético Nacional de Medellín, sino su extensión a la Selección Nacional, con su nombramiento como director técnico del combinado de mayores en abril de 1987, durante el preolímpico en Bolivia. Detrás de Maturana se pudo experimentar con una propuesta que paradójicamente poco tenía que ver con los valores y principios del narcotráfico, pues se hacía mucho énfasis en que lo importante era jugar, divertirse, ser buenas personas, hombres íntegros, un grupo de amigos y, en la cancha, imponer las condiciones a partir de los rasgos técnicos y tácticos que mejor se adaptaban al futbolista colombiano, a sus posibilidades y sus condiciones futbolísticas y personales. Como se señaló en un trabajo previo,

“En aquella Colombia sin referentes colectivos distintos a la inexistencia de referentes colectivos; crecientemente absorbida por la violencia, la corrupción y el enriquecimiento fácil; sumida en una crisis de valores unificadores y perdidos los mecanismos legitimadores tradicionales (la iglesia, los partidos); con significativos procesos de descomposición social; en aquella Colombia decíamos, el fútbol se convirtió en la única instancia aglutinadora en términos constructivos. Como lo manifestaba un cientista social colombiano: ‘Maturana (el entrenador-ideólogo) integra lo negropaisa-costeño en torno al pueblo barrio; marca el juego en coordenadas temporales y espaciales y con unos signos locales. Y con la Selección el pueblo existe realmente, no porque salgan a la calle a vitorear los triunfos sino porque el pueblo es una categoría real, presente en el juego de la Selección’” (Dávila, 1994: 23-24, citando a Quiceno, 1990: 96).

Pero antes de Maturana hubo un antecedente que es necesario mencionar, dado que fue el primer atisbo, en aquella década y en ese complejo mundo que mezclaba al deporte y a ciertas actividades de dudosa reputación, de la propuesta y el proceso que permiten hablar de la definición de una identidad y un estilo. Tal fue el caso de la Selección Juvenil que obtuvo la clasificación al mundial de esa categoría en la Unión Soviética, luego de un destacado e inesperado papel en el Suda-

mericano de Asunción. Aquel equipo fue, a diferencia de muchos de los equipos colombianos que anteriormente habían competido sin éxito, “algo así como el manual de instrucciones de lo que debe ser el fútbol de Colombia (y) la gente se identificó con un estilo de juego que podía llamarse colombiano” (Arias, 1991: 60).

Estos hechos son los que justifican la decisión de iniciar el trabajo de análisis en aquel año de gracia de 1985 en el cual se inició la ruptura mientras se experimentaba el fracaso de aquello que siempre se había intentado. Si bien el mundial del ‘62 y el empate frente a la Unión Soviética, las actuaciones sobresalientes en preolímpicos más no en olímpicos, los esporádicos triunfos sobre seleccionados brasileños, argentinos y uruguayos en diversos torneos, y el subtítulo en la Copa América del ‘75, conforman la historia no ignorable del fútbol colombiano a nivel de Selección, parece evidente que no constituían un referente de identidad fuerte, reconocible, salvo por algunas leyendas y mitos de consumo interno y por aquello falsamente aducido del “jugar como nunca y perder como siempre”. Lo que sucede a partir de 1985, y especialmente a partir de la Copa América de 1987 en la Argentina, marca sin duda una fase diferente, un “Proceso”, como se le llamó entonces, que no sólo le daría un lugar reconocido y competitivo al fútbol de la Selección de Colombia y de los futbolistas colombianos en el mundo, sino que permitiría con mayor amplitud, extensión, profundidad y contradicciones, generar discursos de nación y referentes de identidad nacional, instancias de reconocimiento colectivo, experiencias de comunidad imaginada, que antes no habían conseguido transcurrir por el fútbol colombiano, la Selección de Colombia y sus jugadores. Todos ellos apoyados en un tipo de juego, en un estilo, de hondas raíces rioplatenses, pero bajo la traducción y adaptación de algunos “ideólogos” del fútbol como Maturana y el Bolillo Gómez. Y todos ellos, también, en una aguda, compleja y difícil coexistencia y tensión con los dineros y los personajes del narcotráfico que habían calado en el fútbol colombiano (y en toda la sociedad colombiana) desde algunos años atrás.

Una Selección y un fútbol que además tuvieron que luchar a brazo partido ese nuevo papel y esas opciones de reconocimiento y construcción con un deporte como el ciclismo, entonces triunfante y sin duda popular y masivo, como lo ha sido también desde los años ‘50. Un deporte que entre 1983 y 1988 se dio el lujo de “conquistar Europa” y sacudir la monotonía de unas competencias marcadas por muchos avances tecnológicos pero con problemas para mantener el interés de los aficionados.

El fútbol y la Selección de Colombia, entonces, irrumpen en el período 1985-1987 en el escenario en disputa por la construcción de discursos de nación e identidad nacional que ayudaron a recomponer y relevar los desgastados papeles de las instituciones, las instancias y las personas que habían jugado ese rol a lo largo de la historia de Colombia. De allí el interés en reconstruir cualitativamente los rasgos centrales de tales sucesos.

Cuando empezamos a jugar como nunca, sin perder como siempre: los orígenes del “Proceso” (1985-1987)

En este apartado se quiere hacer un breve recuento de lo que han significado para Colombia y para el fútbol colombiano los orígenes del llamado “Proceso”: 1985 puede considerarse como aquel año en que con los “juveniles” nacimos y morimos para el mundo, mientras que los “mayores” seguían dando tumbos.

Paradójicamente, mientras el equipo de mayores iniciaba su preparación para las eliminatorias al mundial de México ‘86 bajo el mando de Gabriel Ochoa Uribe, simultáneamente técnico del América de Cali, un grupo de muchachos desconocidos viajaba sin mayores compromisos ni expectativas al Paraguay. Para los primeros había un plan de trabajo a largo plazo y eso se notaba en la tónica de esa primera fase de acondicionamiento físico y mental. Fue allí donde el director técnico expuso su filosofía de juego, “ganar no es lo importante, es lo único”, frase de profundo significado competitivo y guerrero, pero que en la mente de jugadores poco acostumbrados a este tipo de retos sonaba hueca o se convertía en un pesado fardo que nublaba la mente y amarraba las piernas. Frase que, además, no encontraba eco en la propuesta futbolística, acorde con lo que se jugaba en el fútbol mundial, pero siempre conservadora, temerosa, primordialmente defensiva y en la cual se premiaba a los jugadores obreros por sobre los jugadores creativos.

Como parte de la preparación se impuso una disciplina cuasimilitar, con restricciones y un ambiente en el que primaban la subordinación y el temor. También, y esto vale la pena señalarlo, fue aquella Selección la que optó por utilizar en el uniforme los colores de la bandera, en un gesto que replicaba lo hecho por los ciclistas en las carreras europeas, pero que además intentaba otorgarle simbólicamente el sentido de lo nacional al seleccionado de fútbol.

Los muchachos de la juvenil, entretanto, empezaron dubitativamente su participación frente a Bolivia, pero luego de ese triunfo consiguieron la hazaña de clasificarse, obligando a que se eliminaran Brasil y Argentina, favoritos del grupo. En esa fase mostraron un fútbol rico en técnica y desparpajo. Como pocas veces, repitieron las grandes actuaciones en varios partidos y dejaron la imagen de un grupo bien trabajado con algunas individualidades desequilibrantes. En las finales no ganaron, pero consiguieron la clasificación al mundial juvenil en la Unión Soviética.

De aquella propuesta liderada por Luis Alfonso Marroquín quedaron, como antesala del “Proceso” y de la significación del fútbol en lo nacional, dos hitos centrales. Por una parte, un primer fenómeno de reconocimiento hacia un estilo y hacia unos jugadores que, a diferencia de los de la selección de mayores, mostraban personalidad y capacidad de anteponer técnica, creatividad, diversión, goce a cualquier presión o compromiso con el resultado o con la aparente seriedad de lo

que estaba en juego: fue, en verdad, una especie de nacimiento del fútbol colombiano para la región y el mundo. Esto se reflejó en algo que nunca o muy excepcionalmente había sucedido antes: en las calles, en los partidos de barriada, en los colegios y escuelas, los niños no pedían ser Maradona, Platini, Junior, Sócrates o Zico; querían ser Higuita (entonces todavía un portero inseguro y tímido) Núñez, Ampudia, Hurtado, Tréllez o Castaño.

Por otra parte, esa Selección, en ese torneo, remarcaría y reeditaría un rasgo de todo el “Proceso”: los resultados deseados, pero sin nunca llegar a obtener con claridad y diferencia el triunfo, dejando siempre una dosis importante de sufrimiento y angustia en los partidos decisivos. Algo así como ganar sin ganar y sin alcanzar aquello que por un momento la hinchada, el periodismo e incluso hinchas y periodistas extranjeros veían como lo más justo futbolísticamente hablando.

A lo largo de 1985 la tensión y la diferencia entre los dos seleccionados, el de mayores y el juvenil, llegó a hacerse incómoda y patente, especialmente cuando los fracasos acabaron temporalmente con las ilusiones creadas. Mientras la selección de mayores no consiguió el cupo al mundial, la juvenil jugó varios torneos para, finalmente, enfrentar el reto mundialista. Con mucha dificultad, y sin reeditar plenamente el buen juego mostrado en el Sudamericano, se consiguió el paso a la segunda ronda y en ella se sucumbió ante un poderoso y reencauchado Brasil en el que jugaba Romario. Así como habíamos nacido para el mundo, en términos futbolísticos, con aquel 6 a 0 de la despedida, moríamos al menos como propuesta novedosa y distinta. El año correspondió entonces a la tónica señalada: surgir sin consolidarse y con dudas pese a las ilusiones y las esperanzas que empezaban a convocar a un país en torno a su Selección y en derredor a lo que después sería denominado el “Proceso”.

Lo sucedido en 1985 no pareció incidir, y durante 1986 el fútbol colombiano a nivel de selección de mayores no existió. Para 1987 cabe señalar que el azar y cierto tipo de resultados jugaron a favor del “Proceso”. Tal el caso de las ya señaladas derrotas del América y la Selección, el rápido ascenso de Maturana como director técnico en un equipo de “puros criollos”⁵, y su deseado nombramiento como seleccionador del equipo que asistiría al Preolímpico en Bolivia en abril y mayo de 1987.

Antes de este preolímpico, una Selección sin la magia de Marroquín, Higuita y compañía, pero con la ventaja de ser local, obtuvo por primera vez el Sudamericano juvenil, lo cual le dio el paso al mundial de la categoría en Chile. Al Preolímpico en Bolivia Maturana llevó la base de su equipo en el rentado y llamó, a diferencia de casi todos los técnicos anteriores, a un grupo de jugadores de gran condición técnica, aunque de poco sacrificio. Esta estrategia dio rápidos resultados y, con un fútbol vistoso y agradable, el combinado colombiano clasificó a las finales y apareció como favorito indiscutido. La altura, convertida más en un obstáculo mental que físico, condujo a una derrota contra Bolivia, el local, resul-

tado que se repitió frente a Brasil y Argentina, aunque se les jugó de igual a igual. La buena labor desempeñada y el fútbol mostrado, aún sin obtener el título y sin conseguir la clasificación a los olímpicos, propiciaron la decisión clave para hacer posible lo que vendría meses y años después: Maturana fue nombrado director técnico de la selección de mayores que jugaría en junio-julio de 1987 la Copa América en Argentina.

Y en aquel evento se constató lo que se había supuesto ya que se fijaron los principios del “Proceso” y se reiteró una constante que acompañaría al equipo y a los colombianos desde entonces: ganar sin ganar, destacarse sin obtener el verdadero triunfo, quedar en la retina y en el gusto de periodistas e hinchas, pero sin conseguir el trofeo y el lugar que en las estadísticas resultara incontrovertible.

Entre los rasgos de ese torneo que vale la pena reseñar están aquellos relacionados con los resultados y con la propuesta futbolística: se triunfó con una gran exhibición de fútbol. Luego vino el partido decisivo contra Chile para definir el finalista del torneo, que finalmente se perdió y le impidió a Colombia mostrar su fútbol en instancias aún más decisivas.

Ese desempeño tuvo varios significados importantes. Entre los rasgos de la propuesta futbolística cabe destacar por lo menos tres: la conformación del grupo, el estilo de juego, y el reconocimiento interno y externo del “Proceso”. Por alguna extraña razón, en muchos de los seleccionados colombianos se dejaba por fuera a aquellos jugadores que tanto para periodistas como para hinchas parecían tener un lugar asegurado en el equipo. Hubo algunas excepciones a lo señalado, como el caso de la clasificación al mundial de 1962 y al subcampeonato en la Copa América del ‘75. Pues bien, lo primero que hizo Maturana para la Copa América del ‘87 fue llevar el equipo que en general todo el mundo compartía. No se dejó por fuera a ninguno de los jugadores que pedían pista para estar en la Selección y, por el contrario, se armó un equipo basado en los talentosos, los creativos, los que tal vez no eran obreros del fútbol, pero si tenían algo que mostrar con su juego. Tal vez la única injusticia que se cometió fue no darle una última chance a Wellington Ortiz para despedirse triunfalmente de una Selección en la que siempre brilló casi en solitario. No obstante, se entendió tal gesto como una forma de romper con el pasado. Se contó, así, con un equipo joven, con poca experiencia internacional, pero dispuesto a construirla paso a paso hasta la consagración. Y se le dio cabida, titularidad y reconocimiento a aquellos que la venían pidiendo hacía algunos años: al pibe Valderrama no sólo como titular sino como capitán, puesto que no dejaría hasta 1998; a René Higuita, todavía consolidando su estilo, pero plenamente apoyado por el cuerpo técnico y sus compañeros; a Bernardo Redín, más promesa que realidad, pero siempre un excelente socio para Valderrama; a Leonel Álvarez y Ricardo “Chicho” Pérez, bastiones de un medio campo que se haría conocer en el mundo; y a Arnoldo Iguarán, el goleador que hasta entonces nunca había logrado un buen desempeño en la Selección, pero que lo consiguió por el calor humano y

la camaradería que se respiró en aquel entonces. Amistad, compañerismo, personalidad, fueron los componentes de una mezcla exitosa. Esto se dejó ver en las luengas cabelleras y el estilo inconfundible de sus más representativos jugadores. Con sólo verlos en la cancha era fácil reconocer al equipo.

El segundo componente fue el estilo. Por fin Colombia salía a proponer un fútbol vistoso y desenfadado, apoyado en un esquema táctico adecuado plenamente a sus componentes, pero moderno y actualizado a lo que mejor se jugaba en el fútbol internacional entonces. Era un formato de 4-4-2, con defensa zonal en línea, arquero líbero y una línea de volantes en que predominaban el control del balón y el pase al compañero más cercano. Por arte de magia desapareció el fútbol violento y defensivo, y Colombia tuvo un equipo que quería tener siempre la pelota, divertirse con ella, llevarla de un lado al otro, a veces olvidando por completo que había que meter goles. Y ése fue el estilo que se impuso y que, aún sin obtener el triunfo en el torneo, quedó en la memoria de hinchas y periodistas. De allí el premio a Valderrama como mejor jugador de América y a Maturana como un técnico revelación. No se ganó, pero el mundo, o al menos América Latina, empezaba a nombrarnos y reconocernos, y así lo reiteraba la prensa de toda la región, algo frustrada por el fútbol pobre y poco llamativo que produjeron Argentina, Chile y Uruguay, los otros tres finalistas. La Selección conseguía un triple reconocimiento: el de los colombianos, por fin identificados con una forma de jugar (así todos supiéramos de nexos y vínculos extraños); el de la prensa de otros países; y el de los hinchas argentinos, de quienes además habíamos siempre esperado ese reconocimiento.

Con la Copa América de Argentina se cumplió la primera fase de reconocimiento y consolidación del “Proceso”. Ahora parece fácil, pero sin duda una paradójica mezcla de azar, trabajo y compromiso favoreció la opción por aquello que había comenzado inesperadamente en 1985.

Una posible agenda de investigación

Son muchos los caminos y temas que pueden investigarse con relación al fútbol y a la identidad nacional, sobre todo en lo referente a la Selección Nacional. La investigación, desde que este trabajo fue presentado en su versión inicial, ha continuado por dos caminos principales: primero ha intentado completar una subdivisión del período 1985-2000 escogido para el tema, ejercicio apoyado en una continuación de la reconstrucción hasta aquí desarrollada; segundo, ha buscado analizar en detalle el discurso periodístico y televisivo de alrededor de quince partidos o momentos claves de la Selección de Colombia en ese mismo período, para lo cual ya se recogieron los titulares de prensa de las páginas deportivas de un importante diario de circulación nacional, recolección a la cual se le están aplicando herramientas de análisis de textos para consolidar una masa crítica de informa-

ción que permita un esfuerzo sistemático para responder a cuestionamientos como de qué manera se puede ver potenciada o debilitada la identidad colombiana a través del fútbol, si hay o no continuidad en la construcción de ese referente de identidad nacional, qué papel juegan y cómo se complementan los roles de los individuos jugadores, ídolos con los del equipo, la organización, el colectivo. En esta dirección se avanza, y los resultados parciales indican que vamos por buen camino.

Bibliografía

- AA.VV. 1994[a] “Alrededor del fútbol”, en *Revista Universidad de Antioquia* (Medellín) N° 236.
- AA.VV. 1994[b] “Les enjeux du football”, en *Actes de la recherche en sciences sociales* (París) N° 103.
- AA.VV. 1996[a] *El Viejo Topo* (Madrid) N° 94.
- AA.VV. 1996[b] “Fútbol e identidad nacional”, en *Cuadernos de Ciencias Sociales* (San José: FLACSO) N° 91.
- AA.VV. 1996[c] *Letra internacional* (Madrid) N° 44.
- AA.VV. 1998 “Fútbol, identidad y política”, en *Ecuador Debate* (Quito) N° 43.
- Alabarces, Pablo (ed.) 2000 *Peligro de gol: estudios sobre deporte y sociedad en América Latina* (Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales) Colección Grupos de Trabajo.
- Anderson, Benedict 1990 *Imagined communities: reflections on the origin and spread of nationalism* (London: Verso).
- Archetti, Eduardo 1998 “El potrero y el pibe: territorio y pertenencia en el imaginario del fútbol argentino”, en *Nueva Sociedad* (Caracas) N° 154.
- Archetti, Eduardo 1999 “Argentinian football: traditions and national identity”, en Mader, Elke y Maria Dabringer (Hrsg.) *Von der realen Magie zum Magischen Realismus* (Berlín: Brandes & Apsel, Südwind).
- Arias, Eduardo 1991 “Ay, la Selección”, en Arteaga, José; Andrés Dávila y Juan Gonzalo Zapata *Colombia gol: de Pedernera a Maturana, grandes momentos del fútbol* (Bogotá: Cerec-LdeG).
- Arteaga, José; Andrés Dávila y Juan Gonzalo Zapata 1991 *Colombia gol: de Pedernera a Maturana, grandes momentos del fútbol* (Bogotá: Cerec-LdeG).
- Blatt, Robert 1996 “Dios existe”, en *Letra internacional* (Madrid) N° 44.
- Cárdenas, José María y Socorro Ramírez 1999 *Colombia-Venezuela: agenda común para el siglo XXI*. (Bogotá: Tercer Mundo Editores) Grupo Académico Binacional.
- Caillois, Roger 1997 *Los juegos y los hombres* (Santafé de Bogotá: Fondo de Cultura Económica).
- Dávila, Andrés 1994 “Fútbol y cultura nacional”, en *Revista Universidad de Antioquia* (Medellín) N° 236.
- Eco, Humberto 1996 “El mundial y sus pompas”, en *Letra internacional* (Madrid) N° 44.

- Eliade, Mircea 1979 *Imágenes y símbolos* (Madrid: Taurus).
- Elías, Norbert y Eric Dunning 1992 *Deporte y ocio en el proceso de la civilización* (México: Fondo de Cultura Económica).
- Huizinga, Johan 1987 (1942) *Homo ludens* (Madrid: Alianza).
- Lever, Janet 1985 *La locura por el fútbol* (México: Fondo de Cultura Económica).
- Maturana, Francisco y José Clopatofsky 1990 *Maturana* (Bogotá: El Tiempo Intermedio Editores).
- Maturana, Francisco y José Clopatofsky 1994 *Maturana: talla mundial* (Santafé de Bogotá: Intermedio Editores).
- Melo, Jorge Orlando 1992 “Etnia, región y nación: el fluctuante discurso de la identidad: notas para un debate”, en *Predecir el pasado: ensayos de historia de Colombia* (Bogotá: Fundación Simón y Lola Guberek) Colección Historia N° 4.
- Morris, Desmond 1992 *El deporte rey* (Barcelona: Editorial Argos Vergara).
- Nuño, Juan 1996 “Razón y pasión del fútbol”, en *Letra internacional* (Madrid) N° 44.
- Palmer, Catherine 1998 “From theory to practice: experiencing the Nation in everyday life”, en *Journal of material culture* (London) Vol. 3, N° 2.
- Quiceno, Humberto 1990 “Jugar es algo más que ganar”, en *Revista Foro* (Bogotá) N° 12.
- Rey, Germán 2000 “La ficción de las diferencias: representaciones de las relaciones entre Colombia y Venezuela en la prensa escrita colombiana en la década de los noventa”, en Cárdenas, José María y Socorro Ramírez *Colombia-Venezuela: agenda común para el siglo XXI* (Bogotá: Tercer Mundo Editores).
- Verdú, Vicente 1980 *El fútbol: mitos, ritos y símbolos* (Madrid: Alianza Editorial).

Notas

1 Se entiende a la “comunidad imaginada” desde la perspectiva de nación propuesta por Anderson. La nación es una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana. Es imaginada porque aún los miembros de la nación más pequeña no conocerán jamás a la mayoría de sus compatriotas, no los verán ni oirán siquiera hablar de ellos, pero en la mente de cada uno vive la imagen de su comunión (Anderson, 1990: 23).

2 Janet Lever recordaba cómo se le consideraba una “guerra de mentirijillas”.

3 Aunque es común escuchar opiniones acerca de los estrechos vínculos entre narcotráfico y fútbol en Colombia, y por más que sea prácticamente un hecho evidente la existencia de tales nexos, no es fácil encontrar estudios sistemáticos sobre el tema. Recientemente Luis Carlos Santamaría, estudiante de ciencia política de la Universidad de los Andes, ha tratado, en su tesis *Fútbol y narcotráfico en Colombia: entre la legitimación social y el lavado de dólares* (Bogotá, tesis para optar al título de politólogo, Universidad de los Andes, febrero de 2001), de ordenar y mirar comparativamente cómo fue que pareció darse ese proceso bajo esquemas algo diferentes en los tres equipos de mejor desempeño a lo largo de esa década: América, Millonarios y Nacional.

4 Tal fue el nombre dado al período del fútbol colombiano comprendido entre 1948 y 1953, rememorando la leyenda de la búsqueda de un lugar lleno de oro por parte de los conquistadores españoles. Cabe recordar el carácter ilegal que acompañó todo este proceso de surgimiento y consolidación del fútbol profesional en Colombia.

5 Nótese que para denominar al equipo de once colombianos, sin extranjeros ni nacionalizados, se habla de “puros criollos”, con la plena aceptación de que los colombianos se identifican en el carácter de criollos, es decir, de hijos de españoles nacidos en Colombia. Se trata de una imagen y un significado fuertes en la definición del colombiano.